

3 NUEVAS PROHIBICIONES DEL SANTO OFICIO

El libro: *Vie Chrétienne et problèmes de la sexualité*. Lethielleux, París, 1952. Su autor, Marc Oraison. Fecha 3 de enero de 1955.

El libro de Josef Thomé: *Der mündige Christ*. (El cristiano adulto) con fecha 2 de febrero.

El periódico: *La Quinzaine* el día 3 de febrero.

J. Glz. Poyatos S. J.

La condenación del primero data del 6 de abril de 1953; pero no se había publicado hasta la fecha citada por haberse creído suficiente entonces la orden de retirarlo de la venta.

Continuaron, sin embargo, las citas del libro, las alabanzas y las recomendaciones y todo junto es lo que motivó su publicación.

El autor se ha sometido a la sentencia según comunica *l' Osservatore* el 15 de febrero.

La causa fundamental de la condenación parece que hay que ponerla en su análisis del acto humano. Todos los moralistas han trabajado siempre sobre la distinción entre pecado objetivo y pecado subjetivo. Es cierto que cada pecado lleva dentro de sí mismo un determinado peso específico de malicia. Esta malicia no pasa automáticamente a gravar al sujeto que comete el acto pecaminoso, sino, entrando en reacción con las disposiciones del sujeto. Los elementos que deben reaccionar son inteligencia y tendencia, aquélla en proporción directa, ésta en inversa.

Hasta aquí están de acuerdo todos los moralistas y el mismo Oraison. Para todos, a medida que la inteligencia va perdiendo claridad o la tendencia va ganando intensidad, el pecado va perdiendo su gravedad.

Por su misma naturaleza se ve que es imposible fijar para todos el límite en que un pecado pasa del estado de mortal a venial e

incluso a no ser pecado. Este límite es el que pretende fijar Oraison en su libro con relación a la vida sexual y lo hace de la siguiente manera.

Parte él del principio que en el mundo "concreto en que nosotros vivimos no existe, sino lo patológico en el sentido amplio de la palabra" (p. 80). Y esto tanto en la parte somática, como en la síquica. Por consiguiente para él «no existe ser humano que sea absoluta y totalmente normal desde el punto de vista de la salud síquica.» (p. 81).

Esto no exime del esfuerzo moral; sino que lo debe intensificar, ni es un principio del cual se pueda deducir la volatilización del concepto «pecado». Pero si llega a la conclusión de que el pecado formal, el pecado mortal grave es algo muy raro (p. 63), algo que se verifica solamente cuando con un acto positivo se renuncia a salir de ese patologismo que llevamos intrínseco en nuestra naturaleza. Mientras permanecemos en la brecha, ninguna herida puede llegar a ser mortal, y por consiguiente ninguna caída lógicamente es causa de apartar de la participación de los sacramentos de vivos, de la comunión por ejemplo.

No hace falta ponderar lo erróneo y peli-groso de tales afirmaciones. Este coartar la fuerza de resistencia de la voluntad, al mismo tiempo que se desorbita la tendencia de

sujeto hacia el acto pecaminoso, hasta el punto de eliminar la gravedad del pecado, puede darse, y de hecho se da, en casos anormales; pero es totalmente inadmisibles elevarlo a la categoría de tesis, que valga indistintamente para todos.

Además, M. Oraison restringe el concepto pecado hasta dejarlo casi reducido al pecado demoníaco: el mal por el mal. Si esto fuera así, ciertamente creemos tendría razón al afirmar que difícilmente se da el pecado en nuestro mundo. Pero no es así, el pecado es un atractivo al que cedemos, a pesar de la claudicación pecaminosa que lleva inseparable y no precisamente por claudicar.

No podemos omitir la actitud del autor ante la condenación del libro.

«Es fatal —decía en una carta al director de *Le Monde*— que la óptica de algunas personas no esté siempre de acuerdo con la de un organismo de la Iglesia de alcance universal».

«Como sacerdote católico y romano reconozco al Santo Oficio la función superior de zanjar en última instancia sobre la legitimidad de mis publicaciones».

En este periódico habían salido algunas críticas acerca de la condenación del libro, a las cuales responde con las frases anotadas.

Nos alegramos en lo más íntimo de esta actitud que demuestra un hijo verdadero de la Iglesia. Lamentamos, con todo, que el autor crea que en su libro no defiende errores, sino que, a lo más, se expresa con una formulación equívoca que da ocasión a ellos. Y lo lamentamos no por otra razón, sino porque creemos que una lectura atenta confirma las razones que, según nos informa oficiosamente *l'Osservatore*, motivaron su prohibición.

Josef Thomé.—La Quinzaine:

Muy diferentes son las dos prohibiciones siguientes, la primera de un libro alemán, la segunda de un periódico francés, y sin embargo, tienen una causa común.

Hace un año más o menos, escribía una revista española —estimada por nosotros en algunos puntos— que las reglas de S. Igna-

cio de Loyola para sentir con la Iglesia habían pasado de moda. Prescindo de la posible interpretación que se pudiera dar a esta frase; pues creo muy probable que en la mente de su autor no significaba lo que suena. Pero el hecho va siendo tristemente cierto en algunos ambientes. Se va perdiendo aquella costumbre de acomodar nuestros criterios a los de la Iglesia. Hoy se critican con el mayor desenfado las más serias recomendaciones de la Jerarquía, o con el pretexto de que el clero y los obispos están anticuados se intentan rutas nuevas y no precisamente bajo la mirada de éstos, que es donde está el mal.

Que el ambiente sea general lo demuestran los hechos: el discurso de S. Santidad en noviembre del año pasado, la última Instrucción colectiva de los Metropolitanos españoles, el cursillo de A. C. con la consigna para sentir con la Iglesia, el discurso del Cardenal Felin el 3 de Febrero, la carta pastoral del Cardenal de Rennes, la condenación de Müller, el caso Papini,...

«Más fundado es —dice el Cardenal Felin— el reproche dirigido a nuestro sentido apostólico, de una cierta falta de disciplina, de una laguna en la obediencia al magisterio: se diría que cada uno se cree en tal o cual circunstancia un soberano Pontífice» (1).

Y a continuación cita dos manifestaciones de este espíritu: la actitud de algunos sacerdotes obreros y admiradores suyos y la independencia en introducir reformas litúrgicas.

Por tres veces había escuchado el periódico «La Quinzaine» el aviso de la Asamblea de Cardenales y arzobispos de Francia que le llamaba al recto camino.

Su error consistía en un desprecio de las normas dadas por Roma sobre la colaboración con el comunismo, procediendo como si la Iglesia Católica no tuvieron una doctrina social propia. En este ambiente no es extraño que dicho periódico tomara parte por los sacerdotes obreros en el conflicto del verano pasado (2).

(1) Doc. Cath. 20-Febrero-1955.

(2) Estando en prensa esta nota leemos en *Sipa* 17-abril-55 que la *Quinzaine* se ha sometido al juicio de la Iglesia. Dejará, sin embargo de publicarse desde este mes. A fines de febrero habían preparado sus redactores un número extraordinario en que exponían los motivos que les habían llevado a la posición mantenida.

Josef Thomé, aunque no en el comunismo, pero sigue la misma trayectoria. Para él el cristiano auténtico no debe regirse en su vida privada por ninguna norma exterior, como lo sería la Jerarquía. Es más, debe sumar su experiencia, rica con los matices que le presta su situación concreta, a la corriente de esa Iglesia *invisible*, «el Cuerpo místico del Logos eterno», con el fin de inyectar nueva savia en el tronco añoso y lánguido de la Iglesia visible. Él tiene derecho a levantar su voz, ya que el enseñar y el mandar no es círculo cerrado de la jerarquía, sino línea abierta para todos los fieles. Es inútil cualquier otro esfuerzo para la renovación de la Iglesia, mientras no se le reconozca al simple cristiano este derecho.

Para confirmar lo último acude él a los carismas de que nos habla S. Pablo en sus cartas. Tal vez olvida que el mismo que exhortaba a hablar en lenguas y a profetizar, escribía a los Gálatas: «Aunque nosotros (S. Pablo) o un ángel, bajado del cielo os anuncie un Evangelio fuera del que os hemos anunciado, sea anatema» (Gal 17).

A nadie que esté medianamente versado en Historia eclesiástica, sorprenderá la novedad de este movimiento.

En el fondo toda herejía no ha consistido, sino en un rompimiento con la autoridad de la Iglesia, y de las herejías casi podríamos decir lo que S. Pablo decía de Jesús: que

era de hoy de ayer y de siempre. Aun prescindiendo de aquellas herejías, que sólo en una fase final repudiaron el Magisterio, hay todavía un buen número que estrenaron su heterodoxia precisamente por repudiarlo. Los gnósticos creyeron que para ellos no eran las leyes de la Iglesia jerárquica, y lo mismo los montanistas y después Tertuliano y después los Hermanos del libre arbitrio y después Lutero y después los modernistas, irenistas...

Una cosa podemos afirmar y es que de los grandes movimientos de auténtica reforma ninguno ha comenzado por rechazar este magisterio; muy al contrario, por una sumisión absoluta. Son muchos los ejemplos que se pudieran aducir y algunos tanto más significativos cuanto que el Pontificado y en general la Jerarquía dejaban bastante que desear en aquellas circunstancias.

Copiamos de Santa Teresa una frase que el lector de sus obras encontrará disfrazada con diversos matices detrás de cada página: «Como vi ser aquella la determinación del prelado, luego me rendí, que esta merced me hace Ntro. Señor, de parecerme que en todo aciertan».

Y de S. Francisco de Asís en el lecho de su muerte: «y finalmente, han de ser fieles y obedientes a todos los superiores y clérigos de la Santa Iglesia».

